

# Un libro polémico: «Clérigos, psicograma de un ideal»

Manuel Alcalá \*

## El clero, en entredicho

**E**UGEN Drewermann (n. 1940), clérigo secular católico-romano y fecundo escritor, presentó el pasado 1 de marzo en la sede del Instituto alemán de Madrid su libro sobre el *psicograma clerical*. El auditorio, femenino en su gran mayoría, siguió embelesado la magia de su palabra, tierna y dulce, pero de contenido furioso y destructor, contra la Iglesia institucional y contra los clérigos que ella «forma», «conforma» y «deforma».

Editada por Trotta (1995), esta voluminosa obra llega a *España* con seis años de retraso. Aunque bien traducida, carece del encanto original del artista de la palabra hablada. Su objetivo es, en todo caso, no sólo

\* Jesuita. Doctor en Filosofía, licenciado en Teología. Madrid.

describir los rasgos esenciales del «gremio clerical», sino, además, interpretarlos. ¿Lo consiguen? ¿Cómo?

*Psicograma* es el perfil psicológico de una persona, de un grupo o de un colectivo. Personas, grupos y gremios tienen sus rasgos diferenciales, sus virtudes y defectos. El *psicograma* los rastrea y recoge, recurriendo a diversos métodos. Si es completo, el prototipo resultante es válido. Si lo deforma, por exceso o defecto, el psicograma degenera en *ditirambo* o *caricatura*, invalidando lógicamente, gran parte de su sentido didáctico.

Drewermann empieza con el diagnóstico de las motivaciones vocacionales de los sacerdotes seculares (y también de religiosos/as). Lo hace desde un enfoque de psicología profunda, analizando el grado de libertad inicial de seminaristas o postulantes/as al sacerdocio (o la vida consagrada). Tales motivos se formulan como mecanismos inconscientes que condicionan toda la psicogénesis vocacional, desde su infancia y juventud y se expresan en el sometimiento del «ego» al «super-ego», en un clima de despersonalización.

Los paradigmas que prefiere Drewermann para exponer y probar su tesis, son de dos tipos. De una parte, los relatos literarios sobre sacerdotes, de E. Zola, G. Bernanos, G. Greene, etc. De otra parte, los pacientes, a quienes atiende en su profesión de psicoterapeuta. En realidad aplica a este tema su conocida exégesis bíblica psicoanalítica. Así, al hilo de J. P. Sartre, «L'Enfance d'un chef» (1939), dice que los orígenes vocacionales de *jefes* y *clérigos* enraízan en sentimientos de irrealidad, culpabilidad y en los complejos de inferioridad. A éstos se añaden los impulsos del ejercicio de poder, sobre los demás. Como los clérigos son incapaces de sintetizar sus propias identidades, se refugian en su función, a saber: en la ilusión de llegar al nivel del Dios mismo y gobernar a las personas, transformándose en responsables de su felicidad y su bienestar. Se hacen «funcionarios de Dios» y se anclan en tal funcionariado.

El estado clerical, al arrogarse esta *misión divina*, se ofrece como la única salida, frente a las formas de angustia existencial. Todos padecemos una angustia ante la muerte, aunque se refugie en el subconsciente. Con todo, la Iglesia «demoniza» tal inconsciente y, así, se cierra a la «salvación». El resultado es que una Iglesia «liberadora», por voluntad de Cristo, se hace «condenadora», al proponer ideales inasequibles y contradictorios. La vida clerical, en su pensar, sentir, actuar, conciencia y subconciencia, está dominada por instituciones opresoras y por *roles* vocacionales de los que no puede liberarse.

Eso explica que la Iglesia, en cuanto institución, prefiera candidatos inocentes sin experiencias de vida, enfermos y enfermizos en potencia, que ella misma se encarga de modelar. El resultado de tal proceso son clérigos con poco nervio y exceso de reglamentación. La Iglesia les propone ideales de conducta que son, en verdad, ideales cautivos, como ella misma. Los votos religiosos son instrumentos de sumisión. El de pobreza es un engaño; el de obediencia, robotización. El de castidad, una represión pura. Eso explica que se les sustituye, en la vida diaria, por sus exégesis ya que requieren un enfoque nuevo. El futuro clérigo debe ser poeta y psicoterapeuta, cuyo verdadero culto a Dios se hará en la «naturaleza», como lugar autóctono de la experiencia divina. La enseñanza teológica deberá enriquecerse, si no sustituirse, por el autoanálisis, en vistas a la total madurez personal.

### ¿Psicograma, o psicocaricatura?

ANTE tal panorama cabría preguntar a Drewermann: dónde aparecen en sus análisis y en su *psicograma* los clérigos y religiosos/as que viven a tope el Evangelio y proclaman alegremente las bienaventuranzas de Jesús; dónde figura el misterio de su dolor, su cruz y su seguimiento de cada día, para así llegar a su gloria; dónde, quienes entregan su vida, como el Maestro.

Es cierto que todo gremio tiene *deformaciones profesionales*, a veces evidentes. Los clérigos católicos y los religiosos/as tienen las suyas. Es más, a sus fallos estructurales y genéricos habría que añadir en un *psicograma completo*, los específicos existenciales de un lugar o época. No es idéntico el *psicograma* del cura pobre del «Tercer Mundo» que el del clérigo alemán, para citar solamente un ejemplo.

Drewermann, un converso del integrismo pre-conciliar; redimido de sus depresiones por el psicoanálisis; emigrante, de teólogo a psicoterapeuta, y, de exegeta clásico, a «gnóstico» posmoderno, comete en *Clérigos* dos errores metodológicos que hacen, de su *psico-grama*, una *psico-caricatura*. El primero de ellos es utilizar, como tesis, las hipótesis literarias; el segundo, aducir, como pruebas de sus teorías, ciertos «casos patológicos» tomados de sus pacientes. Por numerosos que éstos sean, no hay que olvidar que la patología es sólo parte de la medicina general y que las neurosis son fallos del psiquismo. Estamos, pues, ante un *psicograma patológico*.

En esta obra, llena de sugerencias y de asombroso despliegue cultural, Drewermann proyecta todas sus deformaciones profesionales. Debería decir que nació en plena guerra; que un bombardeo aliado le neurotizó con sólo cuatro años; que, tras vivir en una familia, con una madre superpiadosa y un padre indiferente, padeció la derrota nazi y la división de su patria; que marchó al seminario de Münster, entonces foco de integrista, y allí se distinguió por su liderazgo intransigente; que luego, con el Vaticano II, se le produjo una gran crisis de identidad, aumentada por el fracaso de su primer destino. Al parecer, se salvó por el psicoanálisis. Más tarde, vino el choque frontal con la Iglesia-institución y con sus colegas exegetas de todo tipo, mientras que triunfaba rotundamente con sus publicaciones, sus conferencias y sus innumerables entrevistas.

El lector tiene algún derecho a conocer esto y poder situar muchas afirmaciones del autor, más aún cuando éste termina su libro, proponiendo como ideal del *clérigo del futuro* al poeta psicoterapeuta, es decir: a sí mismo. Este brote narcisista olvida que también los clérigos, aunque sean poetas psicoterapeutas, tienen la propia deformación profesional que debiera incorporarse a su *psicograma*. Alguna página más hubiera iluminado la zona oscura, mejor aún, reduciendo un texto que es prolijo y repetitivo.

Dicho esto, hay que añadir que Drewermann lleva gran dosis de razón, en muchas de sus afirmaciones. Aunque su libro sea un conjunto heterogéneo de medias verdades, bastantes de sus afirmaciones son acertadas. Así pues, al margen de sus problemas teológicos y exegeticos, donde no entramos aquí y ahora, *Clérigos* debería leerse, analizarse y meditar por el alto y el bajo clero. No son pocas las lecciones que de este furioso ataque podrían extraerse, no sólo para la mejora e incluso la reforma del gremio, sino más aún, para bien de toda la Iglesia.